



EL MAGO DE OZ

LYMAN FRANK BAUM



booket

Lyman Frank Baum

El mago de Oz



CAPÍTULO 1

El ciclón

Dorothy vivía en el medio de las extensas praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su tía Em, la esposa de este. La casa donde vivían era pequeña, pues la madera para construirla había tenido que transportarse en carretas desde muy lejos. Estaba conformada por cuatro paredes, piso y techo, lo cual formaba una habitación, y en ella había un horno un poco oxidado, un mueble para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. El tío Henry y la tía Em tenían una cama grande en un rincón, y Dorothy ocupaba una más pequeña en otro rincón. No había altillo ni tampoco sótano, salvo un pozo estrecho cavado en el piso que llamaban refugio para ciclones, donde la familia podía cobijarse en caso de que hubiera un huracán lo bastante fuerte como para llevarse consigo todo lo que se hallara en su camino. A este pozo se llegaba por medio de una puerta trampa que había en medio del piso, de la cual bajaba una escalera hacia el hueco pequeño y oscuro.

Cuando Dorothy se detenía en el umbral de la puerta y miraba a su alrededor, no podía ver otra cosa que la gran pradera.

Ni un árbol ni una casa se destacaban en la inmensa llanura que se extendía en todas las direcciones hasta parecer unirse con el cielo en el horizonte. El sol había calcinado la tierra arada hasta convertirla en una masa grisácea con pequeñas grietas aquí y allá. Ni siquiera el pasto era verde, pues el sol había quemado la parte superior de sus largas hojas hasta teñirlas del mismo gris de todo el lugar. En un tiempo la casa estuvo pintada, pero el calor de la luz había levantado la pintura y las lluvias la habían lavado, de modo que la vivienda tenía ahora el mismo tono opaco y grisáceo que todo lo que la rodeaba.

Cuando la tía Em fue a vivir allí, era una mujer joven y bonita. Sin embargo, el sol y los vientos también la habían cambiado, llevándose el brillo de sus ojos que quedaron de un gris nublado, y borrando el rojo de sus labios y el rubor de sus mejillas que se fueron agrisando del mismo modo. Ahora era delgada y adusta, y jamás sonreía. Cuando Dorothy quedó huérfana y fue a vivir con ella, la tía Em solía sobresaltarse tanto por su risa que lanzaba un grito y se llevaba la mano al pecho cada vez que llegaba a sus oídos la voz dulce de la pequeña, y todavía miraba a su sobrina con expresión de extrañeza, preguntándose qué era lo que la hacía reír.

Tampoco reía el tío Henry, quien trabajaba de sol a sol y no sabía lo que era la alegría. Él también tenía una tonalidad grisácea, desde su larga barba hasta sus rústicas botas; nunca hablaba y su expresión era solemne y dura.

Era Toto el que hacía reír a Dorothy, y el que la salvó de volverse tan opaca como el lugar donde vivía. Toto no era gris; era un perrito negro, de largo pelaje sedoso y ojitos negros que relucían alegres a ambos lados de su hociquito, simpático y pequeño. Toto jugaba todo el día y Dorothy lo acompañaba en sus juegos y lo quería con todo su corazón.

No obstante, ese día no estaban jugando. El tío Henry estaba sentado en el umbral y miraba al cielo con expresión preocupada, notándolo más gris que de costumbre. De pie a su lado, con Toto en sus brazos, Dorothy también observaba el cielo. La tía Em estaba lavando los platos.

Desde el lejano norte les llegaba el ulular ronco del viento, y Dorothy y Henry podían ver cómo se inclinaban las altas hierbas en forma de ondas ante la tormenta inminente. Desde el sur llegó de pronto una especie de silbido agudo en el aire, y cuando dirigieron su mirada hacia ese lugar vieron que también allí se rizaban y agitaban las hierbas.

El tío Henry se levantó de pronto.

—Viene un ciclón, Em —le gritó a su esposa—. Iré a ocuparme de los animales.

Y echó a correr hacia los establos de las vacas y los caballos.

La tía Em dejó su trabajo para asomarse por la puerta y con una sola ojeada pudo ver el peligro que corrían.

—¡Rápido, Dorothy! —vociferó—. ¡Corre al sótano!

Toto saltó de entre los brazos de la niña para ir a esconderse bajo la cama, y Dorothy se dispuso a seguirlo. La tía Em, profundamente atemorizada, abrió la puerta trampa y descendía al oscuro refugio bajo el piso. Al fin Dorothy logró atrapar a Toto y se volvió para seguir a su tía, pero cuando había recorrido la mitad del camino, arreció de pronto el vendaval y la casa se sacudió con tal violencia que la niña perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Entonces, ocurrió algo muy extraño. La vivienda giró sobre sí misma dos o tres veces y empezó a elevarse con lentitud hacia el cielo. A Dorothy le pareció como si estuviera ascendiendo en un globo aerostático.

Los vientos del norte y del sur se encontraron donde se

hallaba la casa, formando allí el centro exacto del ciclón. En el ojo del huracán, el aire suele quedar en calma, pero la gran presión del viento sobre los cuatro costados de la cabaña la fue elevando cada vez más, y en lo alto permaneció, mientras el tornado la arrastraba a gran distancia y con tanta facilidad como si fuera una pluma.

Reinaba una densa oscuridad y el viento rugía horribilmente alrededor, pero Dorothy descubrió que la vivienda se movía con suavidad. Luego de las primeras vueltas, y después de un momento en que la casa se inclinó bastante, sintió que la mecían como a un bebé en la cuna.

A Toto no le gustaba todo aquello y corría de un lado a otro de la habitación, ladrando sin cesar; pero Dorothy se sentó quieta en el piso, aguardando para ver qué iba a suceder.

En una oportunidad el cachorro se acercó demasiado a la puerta abierta del sótano y cayó por ella. Al principio la niña pensó que lo había perdido, pero pronto vio una de sus orejas que asomaba por el hueco, y era porque la fuerte presión del huracán lo mantenía suspendido en el aire, de modo que no podía caer. La niña se arrastró hasta el agujero, atrapó a Toto por la oreja y lo arrastró de nuevo a la habitación después de cerrar la puerta trampa, a fin de que no se repitiera el accidente.

Fueron pasando las horas y Dorothy se repuso gradualmente del susto; pero se sentía muy sola, y el viento aullaba a su alrededor con tanta fuerza que la niña estuvo a punto de ensoberdecer. Al principio se había preguntado si se haría pedazos contra la tierra cuando la casa volviera a caer; pero a medida que transcurrían las horas sin que sucediera nada terrible, dejó de preocuparse y decidió esperar con calma para ver qué le depararía el destino. Al fin se arrastró hacia la cama y se acostó en ella, y Toto la imitó y se echó a su lado.

A pesar de los bamboleos de la casa y de los aullidos del viento, la niña pronto cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.



CAPÍTULO 2

La reunión con los Munchkins



Dorothy la despertó una sacudida tan fuerte y repentina que, si no hubiera estado acostada en la cama, podría haberse lastimado. Así y todo, el golpe le hizo contener el aliento y preguntarse qué habría sucedido; por su parte, Toto le pasó su hocico frío sobre la cara y lanzó un gemido lastimero. Al sentarse en la cama, la niña notó que la casa ya no se movía; además, ya no estaba oscuro, pues la radiante luz del sol penetraba por la ventana, inundando la habitación. Saltó de la cama y, con Toto pegado a sus talones, corrió a abrir la puerta.

Enseguida lanzó una exclamación de asombro al mirar a su alrededor, mientras que sus ojos se agrandaban cada vez más ante la vista maravillosa que se le ofrecía.

El ciclón había depositado la casa —con bastante suavidad por tratarse de un tornado— en medio de una región de una hermosura extraordinaria. El terreno estaba cubierto de un césped del color de la esmeralda, y en los alrededores se elevaban árboles majestuosos cargados de sabrosos frutos maduros.

Abundaban las flores a cada paso, y entre los árboles y arbustos cantaban y revoloteaban aves de plumajes raros y brillantes. A corta distancia corría un arroyito de aguas resplandecientes que acariciaban al pasar las verdes orillas, susurrando en su marcha con un son cantarino que resultó maravilloso para la niña que había vivido tanto tiempo en las áridas y grises planicies de Kansas.

Mientras observaba entusiasmada aquel hermoso y extraño espectáculo, notó que avanzaba hacia ella un grupo de las personas más raras que había visto en su vida. No eran tan altas como los adultos que conocía, pero tampoco eran tan pequeñas. En verdad, parecían tener la misma estatura de Dorothy, que era bastante alta para su edad, aunque, a juzgar por su aspecto, tenían muchos años más que ella.

Eran tres hombres y una mujer, todos vestidos de manera muy extraña. Usaban unos sombreros cónicos de unos treinta centímetros de altura en la copa, adornados por campanitas que tintineaban dulcemente con cada uno de sus movimientos. Los de los hombres eran azules, y blanco el de la mujercita, quien lucía un vestido también blanco que caía en frunces desde sus hombros casi hasta el suelo y estaba salpicado de estrellitas que brillaban al sol como diamantes. Los hombres vestían de azul, del mismo tono que el de sus sombreros, y calzaban botas negras bien lustradas con adornos de piel de un color similar. Al observarlos, Dorothy calculó que eran casi tan viejos como su tío Henry, pues dos de ellos tenían barba. Pero la mujercita era sin dudas mucho mayor; tenía el rostro surcado por arrugas y el cabello casi blanco; además, caminaba con paso rígido, propio de las personas ancianas.

Cuando llegaron cerca de la casa a cuya puerta se hallaba parada la niña, se detuvieron y hablaron por lo bajo, como si

no se atrevieran a seguir avanzando. Pero la viejita se adelantó hasta Dorothy, hizo una profunda reverencia y dijo con voz dulce:

—Noble hechicera, bienvenida seas a la tierra de los Munchkins. Te estamos profundamente agradecidos por haber matado a la Bruja Malvada del Este y liberado así a nuestro pueblo de sus cadenas.

Dorothy la escuchó hablar, muy extrañada. ¿Por qué la llamaría hechicera, y qué quería decir al mencionar que había matado a la Bruja Malvada del Este? Ella era una niñita inocente e inofensiva a la que el ciclón había alejado de su hogar, y jamás en su vida había matado a nadie.

Sin embargo, era evidente que la mujercita esperaba una respuesta, de modo que la pequeña contestó tras cierta vacilación:

—Es usted muy amable, pero debe tratarse de un error. Yo no he matado a nadie.

—Bueno, lo hizo tu casa, de todos modos —dijo la viejita, riendo—, lo cual es lo mismo. ¡Mira! —continuó señalando una esquina de la vivienda—. Allí se ven sus pies que sobresalen por debajo de una de las tablas.

Al mirar hacia el lugar que le señalaba, Dorothy dejó escapar un grito de miedo. En efecto, precisamente debajo de la gran viga sobre la cual descansaba la casa, se asomaban dos pies calzados con puntudos zapatos de plata.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la niña apretándose acongojada las manos—. Le debe haber caído la casa encima. ¿Qué haremos ahora?

—Nada se puede hacer —respondió la mujercita con calma.

—¿Pero quién era? —preguntó Dorothy.

—La Bruja Malvada del Este, como ya te dije. La que tenía

esclavizados a los Munchkins hacía años, obligándolos a trabajar para ella noche y día. Ahora se han liberado, y están muy agradecidos por el favor.

—¿Quiénes son los Munchkins? —inquirió Dorothy.

—La gente que vive en esta tierra del Este, donde imperaba la Bruja Malvada.

—¿Y usted es una Munchkin?

—No, pero soy amiga de ellos, aunque vivo en las tierras del Norte. Cuando vieron que la Bruja del Este estaba muerta, los Munchkins me enviaron un mensajero a toda prisa y vine al instante. Yo soy la Bruja del Norte.

—¡Cielos! —exclamó Dorothy—. ¿Una bruja verdadera?

—En efecto —respondió la ancianita—. Pero soy una bruja buena y la gente me quiere. No soy tan poderosa como lo era la Bruja Malvada del Este, que gobernaba aquí, pues de lo contrario yo misma habría liberado a esta gente.

—Pero yo creía que todas las brujas eran malas —argumentó la niña, medio atemorizada al verse frente a una bruja verdadera.

—No, no, eso es un gran error. Había cuatro brujas en total en el País de Oz, y dos de ellas, las que viven en el Norte y el Sur, son brujas buenas. Sé que es así, porque una de ellas soy yo, y no puedo equivocarme. Las que vivían en el Este y el Oeste eran, en cambio, brujas malas; pero ahora que tú has matado a una de ellas, solo queda una Bruja Malvada en todo el País de Oz, y es la que vive en el Oeste.

—Pero —objetó Dorothy luego de pensarlo por un momento—, la tía Em me contó que todas las brujas murieron hace ya muchísimos años.

—¿Quién es la tía Em? —preguntó la ancianita.

—Es mi tía, la que vive en Kansas, de donde vengo.

La Bruja del Norte meditó un momento, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. Al fin levantó la vista y dijo:

—No sé dónde está Kansas, pues es la primera vez que oigo nombrar esa tierra. Pero, dime, ¿es un lugar civilizado?

—Sí, claro —replicó Dorothy.

—Entonces esa es la causa. Creo que en los países civilizados ya no quedan brujas ni brujos, magos o hechiceras. Pero, verás, el País de Oz nunca fue civilizado, pues estamos alejados de todo el resto del mundo. Por eso, todavía tenemos brujas y magos entre nosotros.

—¿Quiénes son los magos?

—El mismo Oz es el Gran Mago —manifestó la Bruja bajando la voz hasta emitir un susurro—. Es más poderoso que todos los demás magos juntos, y vive en la Ciudad de las Esmeraldas.

Dorothy iba a hacer otra pregunta, pero en ese momento los Munchkins, que habían escuchado en silencio, lanzaron un grito agudo y señalaron hacia la esquina de la casa bajo la cual yacía la Bruja del Este.

—¿Qué pasa? —indagó la ancianita, y al mirar rompió a reír. Los pies de la Bruja muerta habían desaparecido por completo y ya no quedaba nada más que los zapatos de plata—. Era tan vieja que el sol la redujo a polvo. Ese fue su fin, pero los zapatos de plata son tuyos y debes usarlos. —Recogió los zapatos y luego de sacudirles el polvo, se los entregó a Dorothy.

—La Bruja del Este estaba orgullosa de esos zapatos plateados —comentó uno de los Munchkins—, y creo que tienen algo mágico, aunque nunca supimos qué era.

Dorothy los llevó al interior de la casa y los colocó sobre la mesa. Cuando volvió a salir, dijo a los Munchkins:

—Estoy ansiosa por regresar con mis tíos, pues seguramen-

te están preocupados por mí. ¿Pueden ayudarme a encontrar el camino?

Los Munchkins y la Bruja se miraron unos a otros y luego a Dorothy. Al fin menearon las cabezas.

—Hacia el este, no muy lejos de aquí —dijo uno—, está el gran desierto que nadie puede cruzar.

—Lo mismo que en el sur —declaró otro—, pues yo he estado allí y lo he visto. El sur es el país de los Quadlings.

—Y a mí me han dicho que en el oeste es lo mismo —expresó el tercero—. Y a ese país, donde viven los Winkies, lo gobierna la Bruja Malvada del Oeste, que te haría su esclava si pasaras por allí.

—En el norte está mi país —dijo la anciana—, y en su límite se ve el mismo gran desierto que rodea todo el País de Oz. Querida mía, mucho me temo que tendrás que quedarte a vivir con nosotros.

Al oír esto, Dorothy empezó a sollozar, pues se sentía muy sola entre aquella gente tan extraña. Sus lágrimas parecieron apenas a los bondadosos Munchkins, que inmediatamente sacaron sus pañuelos y rompieron también a llorar.

En cuanto a la Bruja buena, se quitó el gorro cónico y lo puso en equilibrio sobre la punta de su nariz mientras contaba hasta tres con voz solemne. Al instante, el gorro se convirtió en un pizarrón sobre el que estaban escritas con tiza, con grandes letras, las siguientes palabras:

«DEJEN QUE DOROTHY VAYA A LA CIUDAD
DE LAS ESMERALDAS»

La ancianita se quitó la pizarra de la nariz y, después de leer el mensaje, preguntó:

—¿Te llamas Dorothy, querida?

—Sí. —La niña levantó la vista y se enjugó las lágrimas.

—Entonces, debes ir a la Ciudad de las Esmeraldas. Quizás Oz te ayude.

—¿Dónde está esa ciudad? —preguntó la pequeña.

—En el centro exacto del país, y la gobierna Oz, el Gran Mago de quien te hablé.

—¿Es un buen hombre? —inquirió la niña en tono ansioso.

—Es un buen Mago. En cuanto a si es un hombre o no, no podría decirlo, pues jamás lo he visto.

—¿Y cómo llegaré hasta allí?

—Deberás caminar. Es un viaje largo por una región que tiene cosas agradables y cosas oscuras y terribles. Sin embargo, emplearé mis artes mágicas para protegerte de todo daño.

—¿No irá usted conmigo? —suplicó la niña, que había empezado a considerar a la ancianita como su única amiga.

—No puedo; pero te daré mi beso, y nadie se atreverá a hacer daño a una persona a quien ha besado la Bruja del Norte.

Se acercó a Dorothy y, con gran suavidad, la besó en la frente. La niña descubrió más tarde que sus labios le habían dejado una marca redonda y luminosa en el lugar donde rozaron su piel.

—El camino que va a la Ciudad de las Esmeraldas está pavimentado con baldosas amarillas —dijo la Bruja—, de modo que no podrás perderte. Cuando veas a Oz, no le tengas miedo; cuéntale lo que te ha pasado y pídele que te ayude. Adiós, querida mía.

Los tres Munchkins hicieron una profunda reverencia para despedir a la niña y le desearon un viaje agradable, después de lo cual se alejaron por entre los árboles. La Bruja le hizo una amistosa inclinación de cabeza, giró tres veces sobre

su tacón izquierdo y desapareció por completo, para gran sorpresa de Toto, que empezó a ladrar a más y mejor ahora que ella se había ido, pues no se había atrevido a gruñir siquiera en su presencia.

Pero Dorothy, que sabía que era una bruja, esperaba que desapareciera exactamente de esa manera, de modo que no sintió la menor sorpresa.

